efectuarse frente al sitio donde se cometió el crímen. Las intrigas de Jacobo Loredan, el más encarnizado enemigo de Fóscari, y que tambien formaba parte del Consejo de los Diez, indujeron á este á relevar al noble anciano de su juramento, declarándole depuesto de su dignidad, con la obligacion de salir del palacio en ocho dias.

El mismo Loredan tuvo la crueldad de encargarse él mismo de comunicar la sentencia del Consejo, y de romper bajo sus piés el anillo ducal que Fóscari le entregó. Al dia siguiente, acompañado de su familia, el anciano salió de aquel palacio, donde habia reinado treinta y cinco años.

Ocho dias despues, Pascual Malipieri era elegido Dux: corria el mes de octubre de 1457; la gran campana de San Marcos anunció el nombramiento del nuevo jefe; Francisco Fóscari, al oir aquel rumor, salió al balcon de la gran galería para asegurarse de que no se engañaba, y allí mismo, como herido del rayo, cayó sin vida: tenia ochenta y cuatro años.

Despues de recorrer los diversos pisos y las escaleras secretas practicadas en las paredes, nuestro guía se detuvo delante de una puerta sujeta por un cordel.

—Entremos, dijo, ahora van ustedes á ver los únicos individuos que se han conservado fieles á esta ruina.

Al pronunciar estas palabras nos introdujo en un salon, cuyas elegantes esculturas se hallan ennegrecidas hoy por el humo de una mísera cocina; algunos pedazos de tapicería estaban pendientes aún de las agrietadas paredes; veíanse tambien varios marcos sin cuadro, los más rotos; y todo indicaba que los lienzos habian sido arrancados violentamente. Dos ollas viejas, y otras tantas cacerolas, pendientes de los clavos que en otro tiempo sostuvieron las obras maestras del Ticiano y del Veronés, y dos sillas desvencijadas constituian todo el ajuar de aquel tugurio dorado y desierto.

Penetramos en la segunda habitacion, más triste aún, y cuya miseria actual ofrece más duro contraste con el lujo pasado: todo lo que vemos aquí es miseria, pero miseria con la vejez que no tiene ya fuerzas para evitarla. Las paredes conservan todavía algun resto de su adorno, aunque de color desconocido; están agrietadas en muchas partes, y sostienen un techo de vigas esculpidas, damasquinadas de oro y plata, del más puro estilo árabe. Algunos antiguos canapés, una mesa que sirve de percha á tres ó cuatro escuálidas gallinas, que comen migas de pan; la paja por alfombra; y varios cajones de un mueble que ya no existe, es todo lo que contiene esta triste habitacion. Olvidaba decir que en el fondo se ve un trofeo magníficamente esculpido, que sostiene el retrato de Federico IV rey de Dinamarca; y debajo un mísero colchon sobre dos tablas, cubierto de una manta destrozada.

El corazon se oprime al ver tanta miseria.

En el momento de entrar en aquella triste habitacion, adelantóse hácia nosotros una pobre anciana vestida de negro, que nos saludó noblemente.

¡Era la última Fóscari!

En el fondo divisamos á su hermana, achacosa ya, septuagenaria tambien, que no habia podido levantarse para recibirnos.

¡Las últimas Fóscari!

Hé aquí lo que queda, sobre un mísero jergon, en el sitio mismo donde el rey de Dinamarca reposó en un lecho suntuoso, como lo indican la inscripcion y el retrato de aquel monarca.

En todo el palacio, es el único lienzo que los judíos respetaron, sin duda porque el nombre desconocido y el talento dudoso del pintor danés no sedujeron á ningun aficionado.

De las dos últimas Fóscaris, la de más edad murió muy pronto; la otra debia recibir aún el último golpe doloroso, apurando hasta lo último el cáliz de la amargura. El gobierno acababa de comprar el palacio á los numerosos acreedores que le poseian hacia tiempo; y la condesa Fóscari, última descendienta de la noble familia, hubo de abandonar el antiguo palacio de sus antecesores, seguida de alguna gente del pueblo, que la llamaba respetuosamente *Ecellenza.*

Aquella anciana, gastada por la miseria y el dolor, habia vertido lágrimas al salir del lugar de su nacimiento, donde habia pasado toda su vida, y donde hubiera deseado morir.

Parecia angustiada, y sin duda decia con el poeta: «Siempre se muere demasiado tarde.»

El palacio Fóscari, no restaurado, sino reparado, sirve ahora de escuela militar.

No daremos por terminada nuestra excursion sin visitar las principales islas, comenzando por la de San Lázaro, que se ve frente á Venecia como á una milla de distancia.

La primera mencion que hace la historia de la *isola San Lazaro,* sólo se remonta al duodécimo siglo. Las crónicas nos dicen que un tal Huberto, abad de San Hilario, cedió este terreno á Leone Paolini, hombre muy virtuoso; en 1182, la República se lo compró y convirtió aquel islote, desierto hasta entónces, en asilo de los leprosos que llegaban de Oriente.

De aquí le vino el nombre de San Lázaro, patron de los que adolecian de aquel mal, del cual tomaron todos los establecimientos sanitarios su denominacion de lazaretos: más tarde, habiendo desaparecido la lepra de Asia y Africa, abandonóse la isla, de la cual no quedaban ya más que las ruinas de la antigua capilla, y algunos grupos de árboles á cuya sombra se cobijaron los pescadores en sus chozas.

Cinco siglos despues llegaron á Venecia, en 1715, doce monjes armenios que habian huido de Morea al saber la invasion del país por un ejército turco. El jefe de aquellos doce religiosos, llamado Mekhietr (consolador), estaba dotado de una precoz inteligencia, tanto que á la edad de quince años obtuvo del obispo Damiens el hábito monacal y el diaconado.

La primera diligencia de Mekhietr fué someter á su comunidad á una regla fija, y despues construir un convento y una iglesia, pues el papa Clemente XI habia consagrado la existencia de la nueva órden bajo la regla de San Benito, reconociendo como abad al sabio Mekhietr.

El monasterio no se terminó hasta 1740, segun lo indica una inscripcion armenia y latina que hay en la entrada de la capilla.

En 1749, el virtuoso jefe de esta comunidad, consagrada á la Vírgen, espiró á la edad de 74 años.

Su cuerpo fué depositado al pié del altar mayor, y desde aquel momento los religiosos tomaron el nombre de mekhitaristas, en recuerdo del santo varon que habia dado vida á la comunidad.

El número de hermanos asciende á sesenta, y su jefe actual es un prelado jóven llamado Hurmuz, en quien se reconocen grandes méritos.

Lo más notable del monasterio es la biblioteca, que tiene dos departamentos: la sala occidental, la más grande, es casi un museo; junto á los armarios, llenos de libros de ciencias y literatura, algunos muy raros y preciosos, se ven papirus birmanes en caractéres *pali*, perfectamente conservados, un fragmento de piedra del monte Sinaí, que tiene impresos caractéres samaritanos, y una momia de Egipto, que á juzgar por los adornos de la caja, parece ser la de un gran personaje; está envuelta en una red de mallas de perlas de color; y al ver este trabajo antiguo, que debe contar por lo ménos tres mil años, admírase la conservacion de esas perlas, que parecen acabadas de salir de la fábrica de Murano, inmediata á Venecia.

En la biblioteca hay además mil quinientos manuscritos armenios, los más de ellos inéditos y algunos de gran valor: entre estos se cuentan el Evangelio que perteneció á una reina de Armenia, llamada Merké, que vivió hace mil años; la historia fabulosa de Alejandro el Grande, manuscrito armenio del siglo XIII; y la crónica de Eusebio, Filon, y otros que no es necesario citar aquí.

En el piso bajo del edificio está la imprenta, vasto establecimiento donde siempre reina la mayor actividad: de aquí parten para diseminarse por todos los países del Asia, de la India y del Africa, las traducciones de los libros más célebres, griegos, latinos, italianos, alemanes, franceses, ingleses y orientales, así como todas las obras de San Amonar que instruyen y perfeccionan el espíritu en vez de pervertirle.

Los mekhitaristas han conservado en cuanto les ha sido posible el rito armenio, y le celebran en su lengua.

En cuanto á los habitantes de San Lázaro, van todos los dias tres veces á la iglesia para rezar sus oraciones: por la mañana á las cinco, á medio dia, y á las tres. Los musulmanes han elegido la misma hora para ir á su mezquita.

Antes de salir del monasterio no nos olvidamos de visitar tambien el jardin, circuido de vides, muy abundantes en esta fecunda isla. Aquí hay un sitio, sombreado por dos olivos magníficos, desde el cual se puede contemplar un grandioso panorama. El horizonte, cerrado por la cordillera de los Alpes y cubierto de nieve, se redondea en una vasta cuenca azulada donde flotan algunas islas: es San Pedro del Castillo y Santa Elena; más á la izquierda se ve el jardin público, y por delante Venecia, con sus campanarios, sus cúpulas y sus palacios de color de rosa.

El convento de San Lázaro no es el único establecimiento dirigido por estos religiosos; tienen además otros cinco colegios armenios: uno en Constantinopla, que sirve de escuela preparatoria para los muchachos que se les envian á la edad de once años de Francia é Italia; otro en Trebisonda, otro en Crimea, otro en Viena y otro en Paris.

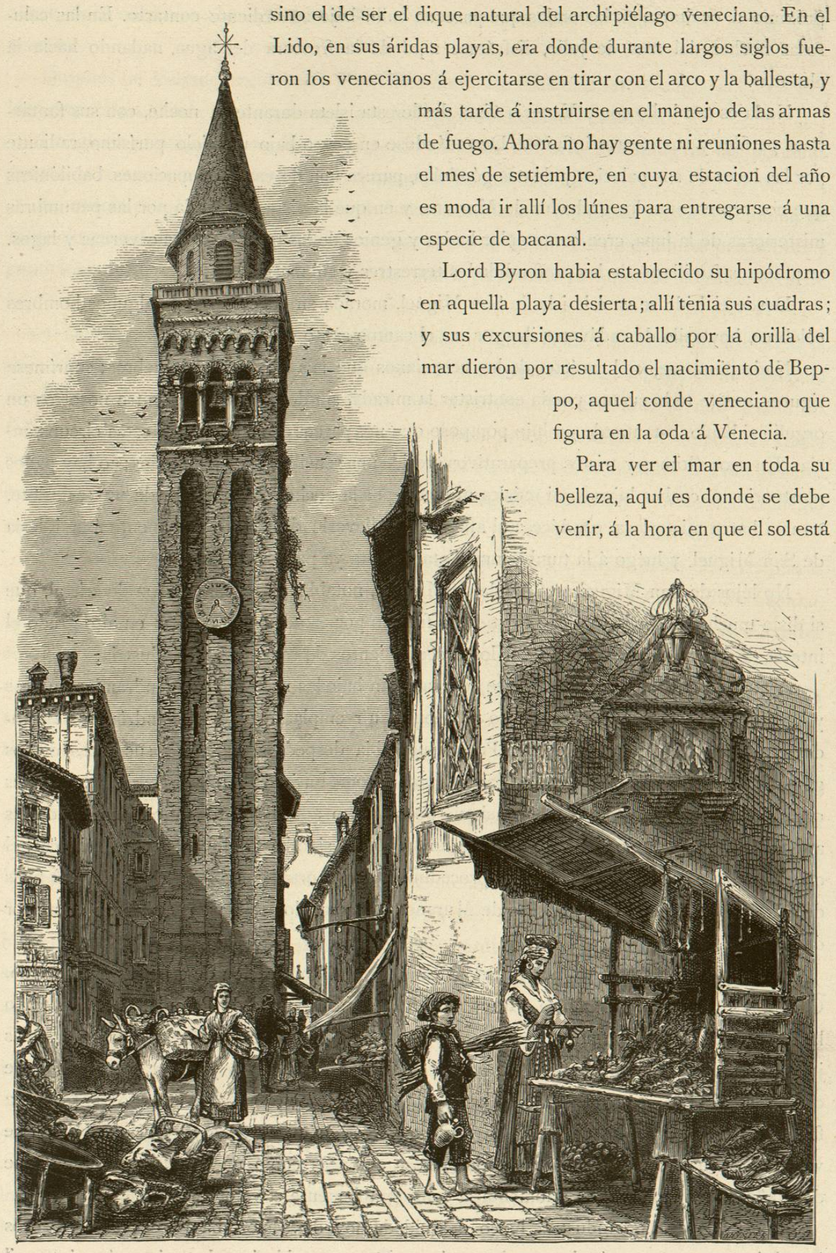
El objeto principal de estos monjes se reduce á dar á conocer á sus hermanos de Oriente el camino que deben seguir para llegar á ser capaces un dia de sostener su nacionalidad.

Desde la isla de San Lázaro nos trasladamos al Lido, isla cantada con exceso por los poetas modernos. Esta lengua de tierra, donde vegetan algunos árboles, no tiene otro mérito

sino el de ser el dique natural del archipiélago veneciano. En el Lido, en sus áridas playas, era donde durante largos siglos fueron los venecianos á ejercitarse en tirar con el arco y la ballesta, y más tarde á instruirse en el manejo de las armas de fuego. Ahora no hay gente ni reuniones hasta el mes de setiembre, en cuya estacion del año es moda ir allí los lúnes para entregarse á una especie de bacanal.

Lord Byron habia establecido su hipódromo en aquella playa desierta; allí tenia sus cuadras; y sus excursiones á caballo por la orilla del mar dieron por resultado el nacimiento de Beppo, aquel conde veneciano que figura en la oda á Venecia.

Para ver el mar en toda su belleza, aquí es donde se debe venir, á la hora en que el sol está



Campo de San Polo